



Elaborar Sanamente el duelo

“No se observan en las parroquias demasiadas acciones dirigidas a transformar un determinado ambiente, a humanizar una realidad social concreta, a hacer presentes y operativos los valores del Reino en la sociedad. Faltan gestos colectivos y tomas de posición de las parroquias ante situaciones y hechos sociales contrarios al Evangelio. Creemos, por ello, decisivo el ir dando pasos que nos dirijan hacia una parroquia capaz de ser fermento de nueva humanidad allí donde esté implantada”.

CONGRESO DE PARROQUIA EVANGELIZADORA, año 1988.



La Consagración, Masaccio, año 1422

PARA LEER...

BASURCO X., “Historia de la liturgia”. CPL, Barcelona, 2002.

Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org

HONRAR LA VERDAD DE LA VIDA

Las pérdidas nos remiten a tres principios fundamentales que gobiernan la existencia:

No se puede vivir sin sufrir. Esta verdad está en el corazón de la experiencia humana: desde el nacimiento, con el primer llanto, hasta la gradual disolución de la corporeidad, la vida está marcada por la provisionalidad y por el dolor.

No se puede sufrir sin esperar. El sufrimiento no se busca, a menos que se sea masoquista. El sufrimiento “forma parte de”, es “un sine qua non” de la existencia, pero no es fin en sí mismo. Tiene sentido en la medida en la cual se puede revestir de esperanza o deja espacio a elementos de luz y de positiva transformación.

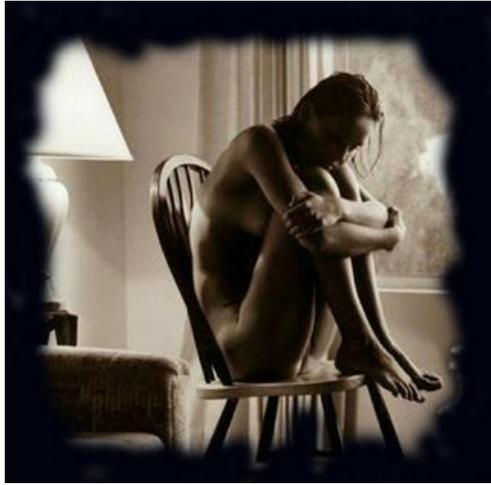
No se puede sufrir sin abrirse. Perder a alguien o algo significa sí, el cierre de una puerta, pero también ser conscientes que quedan abiertas otras ventanas, otras posibilidades para afrontar las incógnitas de la vida.



Abrirse significa poder comunicarse y permitir sanar a las heridas, transformando el sufrimiento en compasión y en mayores sensibilidades hacia los demás.

Cerrarse, por otro lado, lleva a aislarse, a vivir en la oscuridad.

HORIZONTES DE CRECIMIENTO EN EL DUELO



A primera vista parecería que la pérdida y el crecimiento no tengan nada en común. En realidad sí que es verdad que, de una parte, cada distanciamiento produce sufrimiento y a veces actitudes auto destructivas, por otra parte, puede contribuir más que cualquier otra cosa al crecimiento de la persona, promoviendo la humanidad y la interioridad.

La pérdida no necesariamente empobrece ni hace infelices para siempre. Existen pérdidas que se

odian por los problemas que procuran y otras que producen una sensación de gratitud por la forma de transformación personal a la cual contribuyen. El proceso de una sana elaboración del duelo abraza tres horizontes:

1. La aceptación cognitiva de la pérdida
2. La aceptación emotiva de la pérdida
3. La aceptación comportamental de la pérdida

Oremos, pensemos, Ecuménicamente



Padre-Madre de toda fraternidad universal,
Danos el pan y la capacidad de hacerlo crecer
En el trabajo por la justicia,
Y que nos sintamos fortalecidos por Ti.
Danos esa dosis de humanidad
Que se fragua en el perdón mutuo.
Libéranos del mal, es decir:
Danos ojos lúcidos para descubrir
Las sirenas que nos alejan de tu voluntad,
Que inflan nuestro orgullo,
Robando hueco vital a los demás.

(Dedicado a las pastoras y pastores de la IEE)

EVANGELIO (Jn 6, 51-59)

Lectura del santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Disputaban entonces los judíos entre sí: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo: Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del nombre y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre.

COMENTARIO

“Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo, el que coma de este pan vivirá para siempre”. En estas palabras iniciales de este Evangelio de la Fiesta del Corpus Christi” (antes uno de los jueves “que relucen más que el sol”), está, pienso, la clave de todo el mensaje de Jesús, en la Festividad de hoy, Corpus Christi. El Corpus luce simbólicamente porque Jesús, como **pan vivo**, realiza dos funciones esenciales para nuestra vida: alimenta y está presente entre nosotros: es Pan vivo y Presencia permanente.

Con el alimento tenemos vitalidad humana, y como Jesús es Dios, vitalidad divina.

La presencia real, pero misteriosa en la Eucaristía, de Jesús, Dios-Hombre, nos indica el Camino seguro para una evangelización humanizante. Sin presencia viva con los pobres, con los ancianos, con los que sufren y con los que están marginados, no hay, pienso, humanización completa o auténtica.

El alimento es el pan, que da vida. La presencia humanizante da asimilación de ese pan, realiza la encarnación que es Camino que planeó Dios eterno para Salvarnos, para Liberarnos y conseguir que la Humanidad (todas las mujeres y los hombres) se humanicen divinizándose, alimentados presencialmente con el Pan vivo, que hace vivir para siempre.

Alfredo Martín Gallego